

Robert Coover

Ciudad fantasma



Galaxia Gutenberg

ROBERT COOVER

Ciudad fantasma

Traducción de
Benito Gómez Ibáñez

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Ghost Town*
Traducción del inglés: Benito Gómez Ibáñez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2015

© Robert Coover, 1998
© de la traducción: Benito Gómez, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: RODESA
Depósito legal: B 26105-2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-21-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para los miembros del American Place Theatre, que en 1972 puso en escena mi obra del Oeste *The Kid*: Joe Aulisi, George Bamford, Alice Beardsley, Beeson Carroli, John Coe, Steve Crowley, Cherry Davis, Jack Gelber, Bob Gunton, Wynn Handman, Grania Hoskins, Sy Johnson, Franklin Keysar, Kert Lundeli, Julia Miles, Roger Morgan, Jenny O'Hara, Albert Ottenheimer, Caymichael Patten, Neli Portnow, Don Plumley, David Ramsey, James Richardson, Dale Robinette, Edward Roli y Stanley Walden.

Yupi ti yi yupi yupi yii

Horizonte sombrío bajo un cielo vidrioso, desierto raso, matas de salvia, maleza, cerro lejano, jinete solitario. Es un territorio de arena, peñascos resacos y cosas muertas. País de buitres. Y él lo está cruzando. Porque: ahí es donde se encuentra ahora, y por ahí no hay motivo alguno para detenerse, ni tampoco para volver, no hay nada a lo que volver. Sobre su cabeza, un sombrero redondo de fieltro y ala ancha, viejo y arrugado, de color parduzco como la tierra circundante, protege del sol su enjuto rostro. Un pañuelo, tal vez rojo en otro tiempo, anudado al cuello, recoge el escaso sudor que, deshidratado y dolorido por la silla, alcanza a destilar. Un chaleco ligero y raído, camisa gris, zahones de piel deteriorados por el camino sobre unos vaqueros oscuros remetidos en botas puntiagudas con una costra de polvo, todo ello viejo y gastado, empapado por la lluvia, secado al sol y al viento y mugriento de polvo, ésa es la imagen del desolado jinete que, a paso lento y obstinado, atraviesa la desértica llanura. Lleva un revólver

de seis tiros con culata de madera justo bajo las costillas, un cuchillo de caza con mango de cuerno de ciervo al cinto, y del pomo de la silla, con el cañón apuntando a su emparejada sombra, cuelga un fusil. Está curtido, quemado por el sol, y es tan viejo como las colinas. Pero no deja de ser un crío. Nunca será otra cosa.

Esto no ha sido siempre así. Antes había montañas, un terreno accidentado y peligroso, con riscos y abismos, ríos embravecidos en profundas gargantas y bosques espesos, de insociables habitantes. Ha sufrido mordeduras de serpiente, ataques de pumas y manadas de lobos, ventiscas y tempestades, congelación, embates del viento, tábanos, langostas y mosquitos, sin contar osos pardos, chinches, heridas de flecha; una cabellera negra, trenzada con conchas y abalorios, le cuelga de la cartuchera, aunque si le preguntaran no sabría explicar su procedencia, sólo es de algo que ha pasado, que ha debido pasar. Por entonces, puede que anduviera detrás de alguien, o de algo. O lo perseguían, una vaga amenaza a su espalda, eso es más o menos todo lo que recuerda de aquella época, una abrumadora sensación de peligro, si no de desesperación, que cargaba el ambiente cada vez que el cielo se ensombrecía o el camino se difuminaba. En cierta ocasión tuvo que enterrar a alguien, según recuerda, alguien que era como un hermano, sólo que el muerto en el hoyo que había excavado no estaba muerto del todo, no dejaba de

moverse ciegamente, apartando la tierra a patadas, en realidad era él mismo quien no dejaba de agitarse y retorcerse, el que pataleaba sin ton ni son, el que estaba abajo, en el agujero de la fosa, con la tierra salpicándole el rostro, pero entonces ya no era él, y el que era él salía a rastras de pronto y se ponía a agitar los brazos mientras la carne se le desprendía limpiamente del hueso como tocino en la sartén; así que se marchó de allí, para perseguir a alguien o que lo persiguieran, o simplemente para ir a otro sitio, para no ver cosas así.

Y luego un día, saliendo de un profundo cañón surcado allá en el fondo por un torrente bravío y espumoso, luchando todo el tiempo contra una especie de presión invisible que caía sobre él, casi palpable, como si un enorme pájaro se abatiera sobre su pecho para exhalar su último aliento, tuvo que desmontar finalmente y tirar del caballo, que respingaba con ojos enloquecidos, para pasar el último y temible desfiladero, y se encontró en esta inmensa planicie desierta, donde nada parece haber ocurrido aún y sin embargo todo parece haber terminado, concluido antes de empezar. Un espacio que está y no está, como un vacío monumental, espantoso y corriente a la vez. Como si el suelo que pisa el caballo, pese a toda su vastedad, fuera tan fino como el papel y se extendiera sobre la nada. No espera llegar al fin del mundo por aquí, pero tampoco espera no encontrarlo.

A donde quiere ir es a una ciudad allá lejos, en el horizonte, lo primero que vio cuando salió por el desfiladero y el cañón se cerró a su espalda. La ciudad sigue allí, plantada al borde como un portal que se abriera a la cara oculta del cielo. Unas veces desaparece tras una ligera elevación, para aparecer nuevamente al llegar a esa altura, con frecuencia como si no estuviera más lejos, a primera vista, a primera vista de él, que la última vez que la vio, como un espejismo que retrocede, cosa que probablemente es. Otras, no hay horizonte en absoluto, calcinado por el resplandor del sol o por el súbito borrón de la noche, y tampoco ciudad, por tanto, y su objetivo es más el recuerdo de un objetivo, pero él sigue avanzando y antes o después se muestra de nuevo, oscilando en la distancia como un trapo mustio agitado por el viento. No sabe cómo se llama ni siente necesidad de saberlo. Es simplemente el sitio adonde va.

Puede que se quede dormido a ratos, pero por aquí siempre parece que está oscuro y sin estrellas o que le da el sol de pleno, machacándolo como si lo acusara de algún crimen olvidado, simplemente un estado o su contrario como las dos imágenes del cristal de una linterna mágica que oscilaran de un lado a otro cuando él abre y cierra y abre los ojos. Nada se le puede acercar subrepticamente mientras siga montado frente a todo ese vacío, de modo que es sobre la silla donde suele dormir, y comer también, en general sólo tiras de cecina de búfalo viejo, negras

como el alquitrán y la mitad de sabrosas, que encontró en el caballo. No le vendría mal un abrevadero ni un poco de forraje para la bestia que lleva bajo las piernas, y donde más posibilidades hay de encontrarlo es en esa ciudad del horizonte, por insustancial que parezca. Por aquí, nada sino cactus achaparrados, plantas rodadoras y unos cuantos huesos viejos, alimento indigno hasta para los muertos.

Quienes lo persiguen, o parecen hacerlo, murmuran a su espalda como un viento seco provisto de ojos. Esa sensación de ojos en el aire es tan poderosa a veces que se ve obligado a estirarse y volverse en la silla para echar una mirada por encima del hombro, y un día, tras volverse de ese modo, descubre otra ciudad en el horizonte opuesto, una especie de imagen especular de aquella hacia la cual se dirige, como si viniera del mismo lugar al que se encamina. Un vapor en la atmósfera, supone, pero cuando mira de nuevo allí sigue, y más nítida que antes, como si le fuera ganando terreno. Y eso es lo que ocurre, porque a medida que los días, si es que son días, van pasando, la ciudad a su espalda se le acerca al tiempo que la de delante se aleja, hasta que acaba deslizándose bajo los cascos de su caballo y empieza a sobrepasarlo sin que él interrumpa su lento avance. Trata de dar media vuelta a la montura para hacer frente a ese suceso, pero el rumbo de la bestia está trazado y sin duda es incapaz de tener en cuenta nuevas instrucciones. Es una ciudad ordinaria la que

pasa, vacía y silenciosa, hecha del desierto mismo con unas cuantas estructuras destartalladas de falsa fachada de madera puestas en fila para que aparezca una calle en medio de toda esa desolación. Nada se mueve. Cuelga desfallecido un visillo de encaje en una ventana abierta, penden cuerdas inánimes de la horca y las barandillas de amarre, oscila pesadamente al sol, como la hoja de un hacha, un letrero sobre la puerta del salón. Con el rabillo del ojo percibe que un abrevadero lo adelanta perezosamente, y aunque espolea al caballo no parece capaz de alcanzarlo. Toda la polvorienta calle se arrastra lánguidamente de ese modo, dejándolo pronto en los límites de la ciudad y luego fuera. Da un grito en el extrarradio, pero sin convicción, y no obtiene respuesta, aunque tampoco la esperaba. De nuevo está solo en el desierto. La ciudad se va deslizando despacio delante de él y se aleja cada vez más hasta que desaparece en el horizonte y cae la noche.

Una pálida luz titila en el suelo del desierto como si una estrella en decadencia se hubiera desviado de su posición normal, y él la sigue hasta una hoguera sin calor frente a la cual se acurruca un grupo de hombres envueltos en sarapes y mantas de caballo, que fuman, beben y mascan: bandidos, a juzgar por su aspecto.

Mira lo que viene por ahí, dice uno de ellos, escuchando en las débiles llamas.

¿Cres ques humano?

Ao mejor. Pue que no. Una mierda pinchá en un palo, más bien.

Él acaba de erguirse en los estribos para descansar un poco de la silla, pero cambia de idea y vuelve a sentarse. Un cazo de hojalata se agazapa al borde de la humeante fogata, inclinándose hacia las brasas como para burlarse de los hombres allí acurrucados y emitiendo un olor a café requemado que forma una nociva mezcla con la peste viscosa de las boñigas que arden.

Mimporta un carajo, dice otro, sin alzar la vista del ancho borde del sombrero flexible que le cubre el inclinado rostro, si no me lo pueo zampar o follar.

No parece bueno ni pa una cosa ni pa otra. A menos que ao mejor sea uno de esos maricones travestíos.

¿Tú cres? Este cabroncete no parece tener mucha barba.

Ven pacá, chaval. Agáchate y enséñanos tus credenciales.

Si hace mucho que no san bajao de la silla, te se quitarán las ganas de verlas.

Los hombres sueltan risotadas húmedas y expectoran un poco más. ¿Qué te traes entre manos, chico?, pregunta al fuego el del sombrero flexible, su voz áspera y hueca como surgiendo de una profunda fisura en la tierra a sus pies. ¿Qué haces por aquí?

Na. Sólo voy de paso.

Eso también parece hacerles gracia, por la razón que sea.

¡La leche! ¡Sólo va de paso!

¡Ésa sí ques buena!

Un mestizo tuerto envuelto en una manta hecha con remiendos levanta una nalga y suelta un pedo fulminante.

Lo siento, muchachos. Ése sólo iba de paso.

Será mejor proseguir la marcha, piensa él, y con ese propósito pica al caballo en los flancos, pero el mustang baja la cabeza en actitud de solemne renuncia, inclinado, al parecer, a no seguir adelante.

Bueno, chico, ¿y hacia dónde vas de paso?, pregunta un tipo acartonado de barba gris con sucios pantalones a rayas, camiseta roja y abollado sombrero hongo. A su lado, el hombre del sombrero flexible lía hábilmente con nudosos dedos unas hebras de tabaco en una fina hoja amarilla.

A esa ciudad de allá lejotes. Su fusil ya no cuelga del pomo de la silla, sino que descansa sobre sus piernas.

No me digas.

Pierdes el tiempo, chico. Allí no hay na.

Bueno, igual me vale.

Nunca llegarás, chaval.

No es más que una ciudad fantasma.

Pallá voy.

¡Ja!

Si tienes que ir a alguna parte, chico, dice el barba

gris con camiseta roja y sombrero hongo, te aconsejo que arrastres el corvejón fuera del Terrortorio y te vuelvas pa casa. Ya mismo.

No pueo.

¿No? Sombrero flexible lame la hoja de tabaco, la aprieta. ¿Por qué no, chaval? ¿De dónde eres?

De ninguna parte.

Nadie es de ninguna parte. ¿Y tu familia?

No tengo a nadie.

Tol mundo tiene familia.

Yo no.

Eso sí ques alarmante. El hombre hace desaparecer el delgado cilindro amarillento bajo el borde sobresaliente del sombrero al tiempo que un tipo alto y feo, con un sombrero de copa plana lleno de agujeros y un pelo tieso y enredado que le cae como una telaraña sobre la peluda camisa, se mete en la boca otra buena porción de tabaco y le pregunta como se llama su mustang.

Pos eso.

¿Y qué es eso?

Mustang.

Joer, eso no es un nombre. Lanza un salivazo contra el cazo de hojalata, para freírlo.

No necesita otro.

No me tomes el pelo, chico. Ese jamelgo debe tener un nombre como es debido.

Si lo tiene, no me la dicho.

Este muchacho es un sabidillo, ¿que no?

Si él no, el jamelgo sí.

Dime, chaval, dice sombrero flexible, que tiene una cerilla sin encender frente al cigarrillo recién liado. Y na de cuentos. Mimporta una mierda lo del puto caballo. Pero ¿cómo te llamas?

No lo sé mu bien. ¿Cómo te llamas tú?

Lo llamamos Papi Yano, dice un chepa entrecano con un grasiento bigote de manubrio cuyas puntas le caen hasta la clavícula como una réplica lineal de la oscura deformidad de detrás de sus orejas. En razón de que ya no lo hace más. Y sueltan otra amarga carcajada, todos menos el aludido, que enciende el cigarrillo.

Así que, ¿por qué no tapeas de ese bicho deprimente y pasas un rato con nosotros?, dice el mestizo tuerto, sin sonreír.

Él los mira sin expresión, sabiendo lo que va a pasar ahora, aunque ignore de dónde le viene ese conocimiento.

Sabéis una cosa, dice un pobre diablo escuálido de mandíbula torcida, tirándose de la nariz verrugosa, este jovencito no es mu simpático, en mi opinión.

Parece que está pegao al puñetero caballo.

Ni que estuviera casao con él.

Mira, muchacho. Techo una pregunta, dice sombrero flexible, enderezándose sólo un poco, de forma que la punta encendida del cigarrillo resulta visible en el tenebroso vacío que se abre bajo el ancho borde, las manos hincadas como garras en las rodillas.

El jinete desliza el dedo por la culata del fusil hacia el gatillo, removiéndose en la silla en busca de mayor estabilidad, y en el súbito silencio la silla cruje perceptiblemente como una puerta que se abre de golpe bajo él.

Y yo te he contestao, viejo, dice.

Nadie se mueve. Hay un largo y funesto silencio durante el cual aúlla un lobo en alguna parte y caen estrellas dispersas, que surcan la tenebrosa bóveda como colillas desechadas. Luego se apagan y todo se detiene. Se prolonga tanto, ese silencio atónito de estrellas, que empieza a dar la impresión de que no va a acabar nunca. Como si el tiempo los hubiera abandonado a todos, convirtiéndolos en piedra. El jinete, con el caballo rígido y frío bajo las piernas, siente que a su propio corazón se le acaba la cuerda. Sólo sus manos son capaces de moverse. Las utiliza, luchando contra el letargo que lo aprisiona, para alzar el cañón del fusil y disparar al del sombrero flexible. El impacto le estalla en el pecho, el sombrero sale volando, los labios sueltan el cigarrillo y el hombre se derrumba de espaldas en el suelo del desierto. Con eso, las cosas se tranquilizan un poco, el mustang resopla y se mueve bajo él, el cielo gira de nuevo, los demás lo observan con recelo pero recobrado ya, más o menos, su estado animado. Mascan. Escupen.

No tendrías que haber hecho eso, chico, refunfuña el feo del pelo enredado.

Él vuelve a colocarse el fusil sobre las piernas. No tengo la culpa. Que hubiera desenfundao.

Joer, ese joputa ni siquiera iba armao.

Es ciego, chaval. No ve na.

Era.

El hombre al que ha disparado yace con los brazos abiertos en el suelo del desierto, mirando al cielo de la noche con ojos, según ve, blancos como lunas.

Te has cargao a un viejo ciego y desarmao, chico. ¿Qué alegas en tu defensa?

Él hace avanzar a su caballo hasta el muerto, se inclina sobre la silla y recoge el cigarrillo caído. No un bandido, como había supuesto, después de todo. Lleva una placa de sheriff, con la estrella atravesada por la bala de su fusil y negra de sangre. Puede que deba matarlos a todos. A lo mejor es lo que esperan. En cambio, se pone el cigarrillo a medio consumir entre los labios cuarteados, da unas caladas para avivar la brasa y, sin mirar atrás, deja esa fastidiosa compañía y se aleja lentamente.

Es mediodía, la calle principal de la vaporosa ciudad que ha estado eludiéndolo tanto tiempo circula ahora bajo los pesados cascos de su mustang como si de pronto hubiera arreglado algún problema mecánico. La calle, con sus desvencijados edificios de madera grisácea destacándose sobre la infinita desolación, está vacía y silenciosa y sin embargo llena de ecos ape-

nas audibles, un alboroto lejano de voces murmurantes, quizá barridas hacia la ciudad por el cálido viento del desierto. El letrero de un salón cruje con desgana en ese viento parlante, ronzales deshilachados cuelgan despreocupadamente de las barandillas de amarre, un visillo de encaje aletea en una ventana abierta. Partículas de polvo se congregan en espirales aéreas que danzan en la calle como ahorcados con los brazos atados a la espalda para disolverse de pronto y, con la misma rapidez, reagruparse de nuevo en el viento.

Desmonta y, pasando frente a una vieja calesa con una rueda rota, conduce su caballo al abrevadero. Sólo un lecho de polvo seco en el fondo de hojalata. A un extremo, junto al combado poste de un porche, encuentra una bomba de agua con la manivela oxidada, y la acciona una vez. Sin resistencia. Como zarandear el brazo de un esqueleto. Bajo el letrero del salón sobre su cabeza, pende de unas cuerdas atadas una pequeña tabla con la palabra HABITACIONES, pero lo que le llama sobre todo la atención es el anuncio CERVEZA FRÍA rudimentariamente escrito y clavado sobre la puerta. Fusil en mano, pasa por las puertas batientes y entra en la densa tiniebla del salón, preparado para cualquier cosa, pero ese cualquier cosa no sucede. El local está oscuro y desierto, hace más calor dentro que fuera. Hay una dispersión de sillas y mesas derribadas, lámparas rotas, unas cuantas botellas vacías, cubiertas de polvo y tiradas por el suelo, pero nada para acari-

ciarle la garganta. Un viejo piano de cola, con una pata derrumbada, descansa en cuclillas en un rincón, enseñando los amarillentos dientes en una amplia sonrisa, las cuerdas rotas brotando desordenadamente como cabellos erizados. Por una escalera cubierta de telarañas se sube a la vaga sugerencia de las habitaciones anunciadas. Ninguna promesa allá arriba, y el tenue y susurrante murmullo se oye más por aquí, el modo en que sopla el viento por las ventanas destrozadas, quizá, así que vuelve a salir a la luz cegadora, con el polvo crujiendo bajo la suela de sus botas en los tablones del piso.

Su caballo se ha dado un paseo hasta las afueras de la ciudad. Lo ve a lo lejos, la cabeza gacha, la grupa al viento. Buscando agua, probablemente. Se encamina hacia él pero lo distrae un letrero pintado en la mugrienta ventana de un viejo edificio de madera: ¡ORO!, dice. OFICINA DE CONCESIONES. La puerta cuelga de los goznes desprendidos. Dentro, hay una silla giratoria y un escritorio de tapa corre-diza detrás de un mostrador, todo ello recubierto de una espesa capa de polvo depositada por el tiempo, y sobre el mostrador, una baraja de cartas frente a una indicación: COJA UNA. Las coge todas, les da la vuelta: un mazo de naipes corrientes, pero con ciertas coordenadas escritas a tinta por ambos lados. Se guarda en el bolsillo la jota de picas, tira las otras sobre el escritorio para levantar polvo, y vuelve a salir a la calle.

El mustang se ha alejado aún más, ya casi perdido de vista. Intenta silbar para que vuelva pero tiene la boca seca, de modo que se dirige a buscarlo una vez más, maldiciendo para sus adentros. El viento cargado de polvo, con breves rachas irregulares, le tira del ala del sombrero y le agita el andrajoso chaleco, mientras el caballo sigue alejándose a medida que él avanza. Como si intentara sacarlo de ese lugar. O meterlo en líos. Se observa a sí mismo como desde una gran altura mientras avanza a grandes zancadas por la abrasada calle de bancos y salones abandonados, ferreterías, tiendas de confecciones y comestibles, establos y burdeles, dispuesta en el suelo del desierto como dos líneas paralelas trazadas en una pizarra para practicar caligrafía entre las cuales el texto escrito fuera su paso, sinuoso, cruzado y puntuado, sin ningún significado, y desde esa elevación recuerda algo que un agente del orden le dijo en otro tiempo. Vivir por aquí es una mierda, chico. No tiene más sentido que escribir con la picha en la arena cuando sopla el viento. Y empeñarse en ello, a sabiendas, sufriendolo, es una perfecta idiotez. Una locura, en realidad. Pero continuar haciéndolo, enfrentado a una mierda así, a esa verdadera futilidad y estupidez, a tal locura..., *eso*, muchacho, es jodidamente sub-*blime*.

Esa elevada perspectiva se desbarata de pronto, con lo que de nuevo se ve transportado al suelo y detrás de sus dos ojos cuando, frente a esos mismos ojos,

aparece, al otro lado de la mugrienta ventana de una casa bastante alejada del centro de la ciudad, una hermosa mujer, muy pálida, de cabellos oscuros recogidos en un moño apretado y toda vestida de negro, que lo está mirando con fijeza, como para formarse una opinión, o con deseo. Se detiene, agarrando el fusil y el sombrero en la calle azotada por el viento, paralizado por la inviolable pureza de su rostro enmarcado, como un sueño que cobra vida; pero cuando, aturdido, da un paso hacia ella, la mujer desaparece de la vista. Al llegar frente a la casa, atisba por la ventana, pegando la cara al cristal y haciéndose pantalla con una mano ahuecada: una habitación desolada, casi sin muebles, con dos largas mesas para enanos y una docena de sillas rectas con las patas serradas, sin utilizar desde hace mucho. Ni rastro de la mujer. Si es que la habido. Probablemente no. No más probable que el hecho de que el susurrante zumbido de su cabeza lo traiga realmente el viento caprichoso. Es el acoso del puñetero sol. Que sigue dándole tan de pleno como al principio, cuando llegó.

Ni rastro de su caballo tampoco, nada sino otro espectral remolino de polvo que viene y va por donde lo ha visto por última vez. Aunque en tan absoluta soledad no pueda imaginarse cómo se le ha ocurrido tal cosa, piensa que se lo pueden haber robado, o que el caballo mismo se ha dejado robar. Pero entonces descubre al perverso animal más atrás, junto al salón, cerca de la calesa, hociendo una vez más en

el abrevadero vacío. Ha debido dar un rodeo para volver cuando él no estaba mirando. Lo llama y el caballo alza la cabeza con expresión afligida, para luego darse la vuelta. Él avanza de nuevo en su dirección, las botas empiezan a hacerle daño, pero cuando se asienta una cortina de polvo que el viento levanta brevemente, el mustang ha vuelto a desaparecer. En su lugar, en la lejanía calcinada por el sol, vienen cuatro o cinco jinetes a medio galope, con polvo brotando en menudas explosiones bajo los cascos de sus caballos, dando la impresión de que avanzan sobre nubes manchadas. Se detienen frente al salón en silencio absoluto, desmontan sobre su propia sombra, amarran a sus animales a la barandilla, y, con los pasos de sus botas inaudibles como si la acera de tablones estuviera hecha de plumas de ganso, desaparecen tras las puertas batientes. Aun sabiendo perfectamente que de eso no puede salir nada bueno, entra después de ellos.

En el salón, los parroquianos se dan palmadas en la espalda, juegan a los dados, beben, ríen, se pelean. Oído entre el brumoso jaleo: el suave revés de cartas que se distribuyen, el *¡fuiit! ¡zop!* de salivazos que no acaban en la escupidera, el *tric-tric-clac* de ruletas y ruedas de la fortuna. Dame otra, dice un tipo grueso con bigote y canotier, golpeando las cartas que tiene en la mesa con el puño cerrado. Sirven cerveza de

barril. Arrancan una oreja. Un individuo calvo y huesudo con camisa blanca, tirantes amarillos y corbatín negro aporrea el piano de cola, contra el cual se apoya una mujer pechugona con mucho colorete y estrafalarios tirabuzones anaranjados, cantando una canción sobre una buena chica que fue por mal camino. Va vestida, como alguien que él ha visto hoy, toda de negro, salvo por los volantes carmesíes de la blusa, y en la perforada mejilla lleva, como un lunar, un alfiler de rubí, además de una llave de latón, brillante como el oro, colgada de una cinta negra entre los empolvados pechos. El gordo del canotier recibe un guantazo y se tambalea de espaldas hacia el pianista, que sin dejar de tocar con la mano izquierda alza el codo derecho para darle un mazazo que lo manda de cabeza contra y casi a través de la pared. ÉSTA ES UNA CASA DECENTE, dice un letrero justo encima. Los demás jugadores de cartas vacían los bolsillos del gordo y se reparten sus ganancias.

Voy a matar a ese chepa cabrón, le murmura alguien al oído.

¿A quién...?

Te toca, socio.

Suena un disparo, y por alguna parte relincha un caballo como presa de súbito pánico.

¡Eso es una machá, predicador! ¡Se lo advierto!

¡Ahorra saliva y pon la pasta, tonto los cojones!

Vale, doblo y le machaco, cabeza melón. ¡Venga, da cartas!

¿Vas a tirar los jodíos dados, chico, o te los vas a comer?, le preguntan. Un pequeño círculo de hombres encolerizados lo mira malamente por encima de unos rostros mal afeitados, con las narices picadas de viruela reluciendo bajo la lámpara de petróleo.

Lo único que quiere es una cerveza, cualquier cosa húmeda, pero el cubilete de cuero a cuyo alrededor se ha cerrado su mano sólo contiene un par de dados de marfil. Al otro extremo del local, la cantante lamenta con pesar la suerte del jugador que ha apostado y perdido, una por una, todas las partes de su cuerpo. Él agita los dados en el cubilete. Cómo sufre esta noche, oye que alguien dice a su espalda. Pue que se ponga cachonda con eso, aventura otro. ¿No cres?

Oye, chico, le llama la atención un viejales bizco de pelo grasiento con una levita negra de jugador que le llega hasta las rodillas: ¿Qué te juegas ahí? Como no tiene otra cosa, tira el sombrero sobre la mesa, agita otra vez el cubilete, lo lanza y gana todos los sombreros. Algunos refunfuñan en voz baja. El viejales frunce receloso el ceño, hace girar los dados sobre las esquinas y acaricia una derringer con culata de ébano que lleva en el bolsillo del chaleco.

Él engancha el pulgar en el cinturón, al alcance del revólver. Por si acaso. ¿Alguno de estos sombreros vale una cerveza?, pregunta, y todos empiezan a gruñir mientras se los tiran, furiosos.

Entretanto, se arma una pelea detrás del piano, frente a la rueda de la fortuna, que gira despacio. Es el

de la oreja arrancada. Estoy harto de todas las fanfarronás que sueltas por la boca, grita, con la sangre chorreándole por la mejilla como una cascada por un acantilado, y el indio mestizo con bolsas bajo los ojos a quien se dirige lanza un grueso gargajo hacia la escupidera y contesta: Y con razón. Ése es el problema, tío, dice el de la oreja arrancada, sacando del pantalón una pistola con el cañón recortado que hunde en la ancha nariz rojiza del mestizo. Antes de que llegue a apretar el gatillo, sin embargo, el pianista calvo, durante el largo y peligroso compás entre el estribillo y la estrofa (la dama está ahora en plena canción de amor sobre un héroe legendario que expiró súbitamente a manos de un pistolero itinerante y «ha ido a recibir su recompensa, benditas sean sus grandes botas puntiagudas»), se levanta de pronto y le da un tremendo cabezazo. El cráneo del hombre de la oreja solitaria revienta con el *paf* que haría un cuenco de barro y los sesos se le derraman como gachas de avena en cuanto toca el suelo, momento en el cual comienza la siguiente estrofa y el pianista ya está de nuevo en el taburete. Nadie presta mucha atención a todo eso.

Vuelve, vaquero, y haz lo que antes nos hacías, gímatea la cantante, aunque más que nada al ahumado techo, tumbada como está sobre el piano de cola mientras los parroquianos esperan en fila para turnarse con ella. A través del trajín y la nacarada luz del salón, él alcanza a ver que lleva enaguas negras y, enganchadas a un tobillo que se agita, unas bragas negras.

Por lo visto aquí está de moda el luto, observa en tono amistoso al que atiende el mostrador, forzando una sonrisa en sus labios cuarteados.

El otro refunfuña. Aquí, siempre lo está. Es un individuo alto y flaco, de pelo tieso y grasiento hasta los hombros, que da la impresión de tener un desagradable insecto allá arriba, el vientre posado en lo alto de la cocorota. Bueno, ¿y qué pueo hacer por ti, forastero?

Whasky. Doble. No es lo que quiere, para nada. Lo que ansía son ocho o diez litros de agua. Pero se dice que ahí hay cosas que puede conseguir y otras que seguramente no.

El alto y feo camarero, fulminándolo con la mirada, las manos apoyadas en el borde del mostrador, sacude la cabeza con aire inquisitivo, mandando a sus greñas a dar un paseo. Ah. Le ofrece el acribillado sombrero de copa plana que acaba de ganar al viejales, el mejor del lote pese a todo el deterioro acumulado, pero el camarero lo rechaza con un gesto. Una sed realmente formidable le atenaza la garganta y está dispuesto a dar a cambio todas sus pertenencias, incluidas las armas y el mustang, suponiendo que el caballo siga en los alrededores. Entonces se acuerda de la carta de la oficina de concesiones y la tira sobre el mostrador.

Se hace un súbito silencio. El camarero da un paso atrás, dejando caer las manos a los costados. La mujer se incorpora en el piano, con la falda negra leván-

tada hasta la cintura, y los hombres vuelven a subirse subrepticamente los pantalones. El pianista sigue sentado, impávido, las manos sobre las piernas, mirándolo fijamente, igual que hacen los jugadores de faro, de monte y de dados, todas las manos suspendidas en el aire. A su espalda, la imponente rueda de la fortuna gime y chirría en incesantes y lentos giros.

¿Quién es ese chico?, oye que alguien murmura, aunque no se mueve labio alguno.

Algún pistolero, seguro.

¿Tú cres?

¡Echa un ojo a la cabellera de indio que le cuelga del cinto!

Pero si no es más que un mocoso. Y sólo lleva un revólver.

Que se *vea*.

Fusil, tamién. Un cuchillo...

El camarero de pelo de chinche, que parece haber encogido quince centímetros, pone un vaso de whiskey en el mostrador y, con mano trémula y una sonrisa en la boca, toda dientes de oro, se lo llena a rebozar. Antes de que pueda cogerlo, sin embargo, le arrebatan el vaso. Es el hombre desorejado a quien se le salen los sesos, que está de nuevo en pie. ¿De dónde has sacao ese naípe, forastero?, le pregunta, rompiendo el silencio sepulcral, balanceándose con aire inseguro de acá para allá bajo la lámpara de gas colgada en el techo. ¿De donde has sacao esa jota negra que sólo tiene una oreja? Todo el mundo los

está mirando. No pretendía llamar la atención sobre sí mismo, pero por lo visto eso no es nada fácil por aquí. Dámela, chico. Dame esa carta.

Él se encoge de hombros. Qué coño, mimporta un pito. Ten, pues quedarte la jodía cosa.

¡Maldita sea!, brama el hombre, la cara roja de rabia, a ambos lados de la hendidura. Surge una daga, la hoja fulgurando a la amarillenta luz de la lámpara. ¡He dicho que quiero esa jota negra!

Y yo he dicho que te la pues quedar.

¿Me vas a dar esa puta carta, chico, o tengo que matarte pa cogerla?

Está bien, dice él, viendo lo que va a pasar y preparándose. El hombre se abalanza sobre él con la daga, los sesos al aire temblequeando como natillas grisáceas: desvía la estocada, que le rebana limpiamente el andrajoso chaleco desde la sisa de la manga al dobladillo de abajo. Saca velozmente su cuchillo y, cuando el desorejado se lanza de nuevo hacia delante, le sepulta profundamente la hoja en el vientre. El hombre da un traspiés, mirando con asombro y confusión el mango de cuerno de ciervo que le sobresale del estómago, órgano que poco a poco lo va aspirando hasta hacerlo desaparecer. Incluso la perforada camisa parece remendarse a sí misma a medida que se va hundiendo el mango. El hombre alza la vista bajo la grieta del cráneo, le dirige una sonrisa torcida, abre la boca como para burlarse de él, y le sale un borbotón de sangre. Se le ponen los ojos en blan-

co y se derrumba de espaldas. Le sigue saliendo un reguero de sangre de la boca. Luego se le abren los labios y el mango del cuchillo emerge lentamente como una lengua rígida. Los parroquianos se congregan alrededor para ver cómo va surgiendo, inclinándose muy de cerca como para descifrar un mensaje en los hilos de sangre que fluyen entre las ranuras del mango de cuerno de ciervo. Es una ofrenda que se le hace, o eso parece, una especie de regalo, o desafío, que él acepta, cogiéndolo, como asistiendo al parto de los labios del hombre. Nada fácil. Igual que arrancar un cuchillo clavado profundamente en un tronco, es como si el hombre lo aspirase o lo mordiera con fuerza. Un manantial de sangre sigue a la retirada de la hoja, obligando a retroceder, con un grito ahogado, a la gente congregada. Él limpia la sangre del cuchillo en la camisa de franela del hombre, lo guarda de nuevo en el cinturón y se vuelve hacia el camarero, que le entrega una reluciente llave de latón colgada de un cinta de terciopelo negro. Indica las escaleras con la cabeza. No, gracias, dice él, devolviéndole la llave. Sólo dame una maldita copa. Pero el camarero ha desaparecido, el mostrador también, y la llave que tiene en la mano extendida se desliza en la cerradura de una puerta.